El papel de la información en los conflictos



Miguel Ballenilla y García de Gamarra
Teniente general del ET. Director del CESEDEN

UNA operación militar produce efectos sobre el terreno y sobre quienes la observan. Puede reforzar la confianza de una población, sostener el apoyo de una sociedad o modificar los cálculos del adversario. De esa relación entre hechos, percepciones y decisiones trató el XXXIII Curso Internacional de Defensa, celebrado en Jaca del 28 de septiembre al 2 de octubre. Comprenderla exige mirar a la historia y a la experiencia de las operaciones: la tecnología transforma la difusión de los mensajes, pero su credibilidad sigue poniéndose a prueba en la conducta de quienes los emiten.

El encuentro de Jaca reunió a periodistas, militares, especialistas en tecnología y juristas para examinar la relación entre información y conflictos. Al preparar la conferencia inaugural, me propuse abordar una pregunta que me acompaña desde mi primera misión: ¿cómo llega una guerra a quienes no están en ella y qué consecuencias tiene la idea que se forman? La experiencia de las operaciones ofrece un punto de partida para responderla; la historia permite entender hasta qué punto esa preocupación tiene raíces profundas.

En noviembre de 1992 llegué a Bosnia como capitán recién ascendido, encuadrado en la Agrupación Táctica *Málaga*. Nuestro cometido era escoltar convoyes del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados desde la costa del Adriático hacia Sarajevo, por la ruta del Neretva. Reconocer un puente, proteger los vehículos o atravesar un tramo expuesto al fuego eran problemas inmediatos. Mientras tratábamos de resolverlos, en España se formaba una imagen de aquella guerra y del sentido de nuestra presencia.

Un convoy que conseguía pasar significaba ayuda para quienes esperaban sus suministros. Para un ciudadano español podía confirmar la utilidad de la misión; para un grupo armado, representar una pérdida de control de la ruta. Cada interpretación partía de una experiencia diferente y podía influir en decisiones posteriores. Nuestra actuación producía así consecuencias que se extendían más allá de la carretera.

LA INFORMACIÓN Y LA VOLUNTAD

Para comprender ese alcance conviene recordar la vinculación que estableció Clausewitz entre la guerra, su finalidad política y las sociedades que la sostienen. Los medios militares necesitan una voluntad que permita emplearlos y mantener el esfuerzo. Esa voluntad depende también de cómo se entienden el propósito de una operación, sus costes y sus resultados. La información interviene precisamente en ese proceso.

Lo que conocemos de una situación influye en cómo la interpretamos; esa interpretación afecta a lo que estamos dispuestos a apoyar y, finalmente, a nuestras decisiones. La relación no es automática. Las personas comparan fuentes, recuerdan experiencias y desconfían de quien las ha engañado. Pero explica por qué conocer una victoria, una matanza o las dificultades de una misión puede alterar el respaldo social, la confianza de los aliados o las expectativas del adversario.

Quienes dirigieron conflictos comprendieron desde antiguo la importancia de actuar sobre esas disposiciones. La evolución de los medios

La credibilidad se construye con información rigurosa y se sostiene cuando los hechos responden a lo que decimos


Pepe Díaz

fue ampliando sus posibilidades. La imprenta permitió reproducir argumentos e imágenes, hacerlos circular a gran distancia y conservarlos más allá de la campaña que los había originado. En la guerra de Flandes, los asedios y las maniobras convivieron con una intensa «guerra de papel». Panfletos, grabados y relatos de atrocidades difundieron una imagen de la Monarquía Hispánica y de sus ejércitos vinculada a la leyenda negra antiespañola, que dejó una huella duradera en la memoria europea.

La conquista de una plaza podía modificar la situación militar y, a través de los relatos que circulaban sobre ella, influir en las alianzas y en la disposición a continuar la lucha. Con la prensa de masas, la radio y la televisión, esa capacidad de alcanzar a públicos distantes creció enormemente. La voz y las imágenes acercaron el conflicto a los hogares y aumentaron su presencia en el debate público.

Ese era el escenario que encontré en Bosnia, cuando la televisión constituía el gran intermediario entre aquella guerra y la sociedad española. Sobre el terreno advertíamos matices difíciles de comprimir en una crónica. También nuestra mirada tenía límites: conocer una ruta y sus peligros no equivalía a comprender todo el conflicto. El periodista seleccionaba para poder contar; el militar observaba desde su cometido. Reconocer esas perspectivas ayuda a entender cómo se construye el conocimiento público de una operación.

CUANDO LA ACTUACIÓN SE CONVIERTE EN MENSAJE

En las misiones posteriores pude apreciar otras dimensiones de esa relación. En Irak, en 2004, participé en el planeamiento del repliegue español como jefe de logística del Cuartel General de la Brigada Multinacional *Plus Ultra*. Ejecutarlo exigía ordenar movimientos, proteger a la fuerza y mantener la capacidad de actuar en una situación compleja. Al mismo tiempo, en España la retirada se interpretaba dentro de un debate político de enorme intensidad.

La decisión tenía un significado en la política nacional, transmitía una señal a aliados y adversarios y planteaba una tarea operacional concreta a las unidades. Esas dimensiones se influían mutuamente. El debate público condicionaba la interpretación de lo que hacíamos, mientras que el desarrollo de la operación podía alimentar ese mismo debate. Para explicar el repliegue era necesario comprender tanto su ejecución como el marco en que la sociedad recibía las noticias.

Esa necesidad de relacionar lo que se hace con lo que se espera conseguir adquirió otro sentido en Líbano. Allí advertí el riesgo de que el relato de una misión se alejara de sus posibilidades reales. Una fuerza puede desarrollar sus tareas con profesionalidad y encontrar limitaciones para alcanzar la finalidad política que se le atribuye. Estas pueden proceder de los medios disponibles, pero también de unas reglas de enfrentamiento que restrinjan su capacidad de actuar y no favorezcan el cumplimiento de la misión.

La coherencia entre mandato, medios y facultades de actuación resulta esencial. Si los objetivos anunciados exceden lo que la fuerza puede hacer, contar patrullas, reuniones o periodos sin incidentes no basta para acreditar el éxito estratégico. Explicar las restricciones permite ajustar expectativas y valorar con justicia el esfuerzo de las unidades. Ocultarlas bajo una relación de actividades puede sostener temporalmente una impresión favorable, pero debilita la confianza cuando persisten los problemas que justificaron el despliegue.

En Afganistán, al mando de una Bandera de La Legión, esa relación entre actuación y credibilidad se manifestaba en cada encuentro con la población. La forma de establecer un control, dirigirse a

una persona o responder ante un incidente facilitaba la colaboración o alimentaba el recelo. Una promesa incumplida podía pesar más que muchas declaraciones posteriores. Para quienes convivían con nosotros, el comportamiento del soldado era una fuente directa de información sobre el sentido de nuestra presencia.

También los mensajes pronunciados lejos del terreno llegaban al adversario. Un anuncio sobre la duración del compromiso podía influir en sus cálculos acerca del tiempo que debía resistir. Una comunicación dirigida a tranquilizar a la sociedad propia podía producir expectativas diferentes entre quienes combatían contra nosotros. La pluralidad de públicos obliga, por tanto, a considerar los efectos de las palabras junto a los de las acciones.

De estas experiencias se desprende una exigencia para el planeamiento: prever cómo puede interpretarse una actuación, qué expectativas genera y qué podremos explicar sobre ella. La credibilidad depende de la coherencia entre el propósito declarado, la capacidad real y la conducta de la fuerza. Esa coherencia necesita, además, una relación profesional con quienes trasladan lo ocurrido a la sociedad.



Ejército de Tierra

CONTAR CON RIGOR EN UN ENTORNO ACELERADO

Periodistas y militares pueden compartir escenario y afrontar obligaciones distintas. El periodista debe investigar, contrastar y ofrecer contexto. La fuerza militar debe cumplir la misión, proteger a las personas y rendir cuentas por sus actuaciones. El encuentro de ambas responsabilidades genera tensiones que requieren explicaciones concretas y respeto profesional.

Difundir en tiempo real una ruta, una posición o una identidad puede poner vidas en peligro. Corresponde a la institución explicar esas restricciones y ceñirlas a lo necesario. Invocar la seguridad como respuesta automática a cualquier pregunta deteriora la confianza. A su vez, quien informa debe valorar las consecuencias de publicar datos sensibles y distinguir entre lo que ha comprobado y lo que afirma una fuente interesada.

La calidad del relato depende también de las decisiones de la redacción. Elegir un titular, una fotografía o el espacio destinado al contexto condiciona lo que entenderá el público. La presión por adelantarse, la tentación de proporcionar espectáculo o la preferencia por hechos que encajan en una interpretación previa pueden distorsionar una cobertura. Examinar esos factores forma parte de la responsabilidad periodística, del mismo modo que las instituciones debemos aceptar preguntas incómodas y corregir nuestras informaciones inexactas.

Aquí resulta útil distinguir entre informar, persuadir y manipular. Informar exige comprobar hechos y situarlos en contexto; persuadir consiste en defender una interpretación o una decisión con la intención de convencer; manipular supone ocultar, deformar o fabricar elementos para orientar el juicio ajeno. Los errores y los sesgos también pueden causar daño sin responder a un propósito deliberado de engañar. Identificar su origen ayuda a corregirlos y evita atribuir toda distorsión a una intervención externa.

Estas exigencias adquieren especial importancia en el entorno digital. Un testigo puede grabar un incidente y difundirlo antes de que una institución conozca sus circunstancias. Otros usuarios lo recortan, traducen y comentan. Cuando llega una explicación contrastada, quizá se haya instalado una interpretación difícil de corregir. Las plataformas, al ordenar y recomendar contenidos, contribuyen además a que distintos públicos reciban versiones diferentes del mismo episodio.

En ese recorrido, una imagen auténtica puede inducir a error si pierde su contexto. La inteligencia artificial añade la posibilidad de fabricar voces e imágenes convincentes y producir contenidos a gran escala. Cuanto más fácil resulta generar y difundir una versión, mayor valor adquiere el trabajo de quienes comprueban su procedencia, reconstruyen las circunstancias y responden por lo publicado.

La rapidez plantea así una dificultad compartida para periodistas e instituciones. Esperar a conocer todos los detalles puede dejar un vacío perjudicial; llenarlo con certezas inexistentes compromete la credibilidad. Es posible ofrecer los datos confirmados, reconocer las incertidumbres y actualizar la información cuando aparecen nuevas evidencias. Corregirse de manera visible permite preservar una confianza que la apariencia de infalibilidad termina dañando.

El marco de reflexión de Jaca permite poner en relación estas responsabilidades. Comprender el poder de la información exige atender al trabajo de quien opera, de quien informa y de quien recibe el relato para formarse un juicio. La confianza entre ellos necesita acceso, contexto y disposición a reconocer los límites del propio conocimiento.

Vuelvo a la ruta del Neretva. Nuestro objetivo era que el convoy llegara y la ayuda alcanzara a quienes la necesitaban. Cumplirlo tenía un valor inmediato y contribuía también a la idea que otros se formaban de la misión. Con los años he comprendido mejor esa relación: las operaciones modifican percepciones, y esas percepciones influyen en las condiciones en que debemos seguir operando. Por eso, la credibilidad forma parte de nuestra capacidad de actuar. Se construye con información rigurosa y se sostiene cuando los hechos responden a lo que decimos.